

Las FARC-EP: Más que Rebeldes Primitivos. Para un análisis decolonial de la lucha armada en Nuestra América.

Alfonso, Diana Carolina.

Cita:

Alfonso, Diana Carolina (2017). *Las FARC-EP: Más que Rebeldes Primitivos. Para un análisis decolonial de la lucha armada en Nuestra América. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/156>

Diana Carolina Alfonso

Estudiante del profesorado en Historia - Legajo 101080/5

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

Las FARC-EP: Más que Rebeldes Primitivos. Para un análisis decolonial de la lucha armada en Nuestra América

Resumen: Las luchas agrarias en nuestro continente han determinado la conformación de bloques históricos, comprensibles en relación a ciertas condiciones materiales concretas que entrañan, a la vez, una complicada vinculación entre raza, clase y género. Pese al mar de tinta que ha circulado en el último siglo sobre los conflictos agrarios en América Latina, aún pesa la retórica eurocéntrica de cierto marxismo que nos desvincula de nuestro pasado, haciéndonos acreedores de tradiciones revolucionarias concernientes a la modernidad europea, e incluso, como lo hace Eric Hobsbawm en *Rebeldes Primitivos*, poniéndonos en la antesala de cualquier condición revolucionaria. Bajo esta lógica las tradiciones de lucha indígena-campesina estarían encuadradas en un arcaísmo destinado a desaparecer, en merced del desarrollo de las fuerzas productivas; todo bajo el signo de la revolución industrial global e inacabada.

El presente trabajo busca discutir esta visión del marxismo británico eurocéntrico que ha fijado dentro de los límites del “corto siglo XX” a sus sujetos históricos, imponiendo con el ejercicio de la colonialidad del saber un desconocimiento sobre nuestro quehacer revolucionario -que pesa acriticamente incluso en la formación de los historiadores del continente-. En concreto, se analizará la formación de las FARC-Ep en Colombia como un sustrato fundamental de la lucha indígena-campesina clasista. Lucha presa de su contexto; lucha continental que desde fines del siglo XIX abrigó nuevas formas de organización político-territoriales que desembocaron en golpes a la estructura de poder fundamental de nuestro continente, o sea, a la que ataña a las formas de apropiación de la tierra, colonización e imperialismo mediante.

La lucha armada, como forma de acción y presión de las bases sociales, conformó desde mediados de los años cincuenta, en gran parte de América Latina, la ética, la acción contrahegemónica y la representación social del inconformismo radical. Los orígenes de las FARC-Ep y el desarrollo de su estructura armada son la punta de lanza para el entendimiento de la conflictividad social y de una opción de disputa estructural, que habría alcanzado su fin recién en la segunda década de nuestro reciente siglo XXI. Nos referimos pues a una praxis endógena, cuyo contenido excede las consabidas recetas socioeconómicas y los etapismos que abroquelan la conciencia de clase del proletariado industrial (europeo). Los investigadores sociales interesados en la búsqueda de paz y

justicia social en América Latina deben salir de las fábricas de Lancaster y volver sus ojos sobre nuestros territorios.

Introducción

La lucha armada en América durante nuestro largo siglo XX, imbrica una serie de herencias y tradiciones populares que se chocan y estructuran dialécticamente con instituciones propias de la modernidad, cuyo punto inicial traeremos acá con la llegada de los europeos a nuestro continente. Cuando hablo de instituciones, hago referencia, sobre todo, dado el recorte temporal escogido, a los Estados Nacionales modernos. Esta relación conflictiva tiene que ver, a su vez, con las tramas de dependencia capitalistas que establecen los centros financieros e industriales para con las naciones productoras de materias primas, o sea, las periferias. Vemos acá cómo históricamente el capitalismo guarda dinámicas de interacción territoriales que le permiten reproducirse; interacciones que van mucho más allá del modelo marxista explotador/proletario, debido a la heterogeneidad de las formaciones políticas americanas.

El ejercicio de dominación que vertebra la trama de relaciones del capitalismo, tiene que ver, en nuestro caso, con un pasado que marca los inicios de una apropiación originaria consustancial a la conquista. Los sujetos que históricamente han decidido luchar y transformar los entramados políticos, ideológicos y económicos de la colonización (y los efectos de estas, en la colonialidad del ser, del saber y el hacer) sólo pueden ser entendidos en los términos de cada territorialidad. En este orden de ideas, más que un repaso sobre los ejes eurocéntricos del canon marxista que, a través de la figura de Hobsbawm, se impone a nuestros currículos universitarios, el presente trabajo busca cuestionar para generar otra apuesta de pedagogía histórica latinoamericana.

Las distintas formas de abroquelamiento del capitalismo sobre los espacios y cuerpos, pueden ser leídas tanto en una trama de relaciones locales como regionales y globales. En la primera se puede divisar las tácticas de resistencia de los sujetos desterritorializados en el marco de los intentos industrializadores, y las lógicas de enunciación en los procesos de subalternización. En el segundo atenderé a la lógica temporal-experiencial de las resistencias y revoluciones de los sujetos subalternizados por colonialismo, el imperialismo –sobre todo, para el caso del siglo XX el imperialismo estadounidense– tomando en tensión, por un lado, los hitos históricos revolucionarios del canon Hobsbawniano, y por otro los procesos revolucionarios americanos. O sea, hago foco en la relación seres-territorio contrapuesta a la relación hombre-máquina. Y con esto me refiero al campesinado y a los indígenas que han sufrido históricamente el desarraigo y la hiper-explotación en beneficio de las demandas de los centros.

El método decolonial desde el cual me posiciono, da cuenta de los textos canónicos que conforman al eurocentrismo humanista. Pero más precisamente, me evoco a la crítica de determinado marxismo dada su aplicabilidad en los currículos educativos que aún imperan en las facultades de humanidades de las Universidades Latinoamericanas. Para el caso hilvanaré la exposición del tema usando los textos de Hobsbawm más discutidos

en el ámbito académico como lo son Historia del Siglo XX, pero sobre todo, me apoyaré en la crítica a Rebeldes Primitivos en aras de encontrar las contradicciones colonialistas que subsisten en el análisis de Hobsbawm. En contraste, una propuesta didáctica y pedagógica decolonial, debe, necesariamente, tomar los aportes de autores decoloniales como Fals Borda, Alfredo Molano, W. Mignolo, Dussel y Quijano.

El uso de este enfoque decolonial me permitirá problematizar cómo en términos del ideario de época también hubo un quiebre fundamental durante el siglo XX. Ubicarnos en este punto de la historia nos permite tener una mirada geopolítica sobre la crisis de la modernidad. Modernidad entendida como el marco geohistórico de un ideal civilizatorio que abrigó la construcción de los Estados Nacionales a imagen y semejanza de las naciones europeas. Modernidad que implica la asimilación de las instituciones políticas republicanas; en términos económicos, instituciones determinadas por el surgimiento del capital comercial y el capital financiero, con la burguesía europea como clase social abanderada del cambio y el desarrollo.

Para efectos prácticos se entenderá la crisis de la modernidad como una crisis de control político, territorial, económico e ideológico, en relación con el cuestionamiento a la colonialidad del poder y del saber ejercidos hegemonícamente por el pensamiento eurocéntrico de Eric Hobsbawm. Con esto último hago referencia particular al peso curricular del *canon hobsbawniano* tanto de los recortes históricos (“el *largo* siglo XIX”, “el *corto* siglo XX”, o la ratificación institucional a su versión de *las eras* de la modernidad), como a los acentos geográficos centrados que hacen parte de una visión hegemónica del mundo y de *lo mundial*¹. Muestra de ello es el uso arbitrario de la temporalidad que va de 1914/17 a la caída del muro de Berlín en los programas de las materias que analizan la historia contemporánea *universal*. De lo cual deviene una lectura sesgada sobre las relaciones globales de dominación, donde participa una invención epistémica en concordancia con la colonización cultural de los saberes y empatías.

No asombra que conceptos tan importantes como el de *genocidio* sea reservado sin impugnaciones a la Shoah, mientras las masacres más descarnadas a los pueblos de las periferias, -perpetuadas para el sostenimiento del proyecto de la modernidad- pasen de largo en los relatos históricos de la historia *mundial* contemporánea.

Sobre rieleles se moviliza el relato

El obturador sobre un siglo XX

La búsqueda del método científico que surgió durante el siglo XIX, ha forjado a hierro ciertos inamovibles. Referentes espaciales, hitos, mitos, cartografías, temporalidades y jerarquizaciones, son, entre otras cosas, los elementos vinculatorios entre los saberes decimonónicos y los estudios sociales del siglo XXI. Aunque durante el siglo XX

¹ Ver el diseño curricular de la carrera de Historia de la UNLP

asistimos al surgimiento de nuevas apuestas historiográficas, resulta evidente la circunscripción geosocial de estos *nuevos* paradigmas. El eurocentrismo del siglo XX pareció diversificarse en sus fronteras; abrigar metodologías e idearios distintos a los que se escurrían, desde lo alto, por las maquinarias imperialistas.

La Gran Guerra, el Crack del 29 y la Segunda Guerra Mundial, imprimieron un feroz corte en las proyecciones de la paz perpetua y los pactos sociales que reposaban en la tranquila conciencia de los pensadores europeos. La *paz perpetua* de Kant se hacía agua de jarras a medida que la conflictividad del siglo iba en aumento. La supuesta *irracionalidad* del belicismo en marcha nada tuvo que ver –ante los ojos eurocentrados de sus intelectuales - con el verbo punitivo que sojuzgaba a los pueblos llamados “bárbaros” desde que Europa se descubrió Europa, o sea en contraposición y avasallamiento de sus no-yo. Así pues, relatos lastimeros o excesivamente rupturistas que atañan a obscurecer las dimensiones globales del belicismo del Siglo XX, terminan cerrando con argumentos de valor que son más el reflejo de la frustración de sus proyectos universalistas, que una apuesta científica para comprender la historia mundial.

Si el estudio de la Gran Guerra sirvió de reservorio para analizar las dialécticas espaciales de los sujetos contenidos, desde entonces, en una continua reformulación geográfica e identitaria bajo la lógica de Naciones Estado modernas –con los nacionalismos, los rituales y los conflictos inherentes a ello-, el Crac del 29 sirvió para analizar las contradicciones propias del sistema capitalista, ya fuese para restablecer su equilibrio, o por el contrario, para potenciar su precipitación. Hasta acá todo parece funcionar bajo un casual desarrollo evolutivo de las conflictividades a escala. Todo como un continuum expansivo fruto del proceso imperialista de fines del XIX. O sea, un eterno me caigo y me levanto, pero condimentado con mayores márgenes de empoderamientos de distinto tipo: nacionalista, expansionista, darwinista, patriarcales, genocidas. La historia del mundo occidental se había transformado rápidamente en una bomba de tiempo; pero una cronológica, industrial y evolutiva bomba de tiempo.

Decía Aimé Césaire en el *Discurso Sobre El Colonialismo*:

“Uno se extraña, se indigna. Uno dice: “Qué raro! ¡Pero, bah! ¡Es el nazismo, ya pasará! Y uno aguarda, y uno espera; y uno se oculta a sí mismo la verdad: que se trata de una barbarie, pero de la barbarie suprema, la que corona, la que resume la cotidianeidad de las barbaries; que es el nazismo, sí, pero que antes de ser víctima se ha sido cómplice; que a ese nazismo se le ha soportado antes de sufrirlo, que se le ha absuelto, que se han cerrado los ojos frente a él, que se le ha justificado, porque, hasta ese momento, sólo había actuado contra pueblos no europeos; que ese nazismo ha sido cultivado, que uno es el responsable, y que, antes de engullirlo en sus rojizas aguas, se filtra, penetra, gotea, por las rendijas de la cristiana civilización occidental.”²

Las atrocidades inconmensurables que salieron a flote durante la Segunda Guerra Mundial, impusieron un punto y aparte en el -si se me permite la desmesura del

² Césaire, Aimé. *Discurso sobre el colonialismo*. Editorial Akal. Barcelona, 2007. Pg. 9

calificativo- milenarismo iluminista. La ambición universalista de los presupuestos del *siglo de las luces*, terminó por arrimarse vertiginosamente a los contornos de sus sombras, hasta casi perder su soberanía; el referente civilizatorio sobre el cual esgrimía y naturalizaba la dominación se acercó poderosamente a los bordes sobre los que se constituyen los sujetos-otros de las periferias, determinando así el cuestionamiento a su dominación.

La competencia por el espacio, los excedentes de capital de la mano de las matanzas indiscriminadas de miles de personas, la optimización de los recursos en miras a la destrucción del otro (otra), los relatos justificatorios que separaban a muerte el escenario subjetivo entre Francia y Alemania –recordemos a Kant recitando la banalidad entre lo sublime en el espíritu anglo y lo bello en el latino-; todos hechos una condena mortuoria... todo, de repente, en el mismo continente que había usado esos argumentos-herramientas para avanzar sobre el planeta tanto en el proceso de conquista y colonización, como con los periodos de afianzamiento imperial. La Segunda Guerra antes que mundial fue mundializada a beneficio de las apetencias de los centros en disputa. El usufructo descarado de las dependencias políticas y económicas quedó en total evidencia. Desde entonces la conferencia de Bandung y el *tercermundismo* abrirían una ventana epistémica sin parangón.

La crisis de los imperios coloniales y la emergencia del tercer mundo fueron dos procesos históricos relacionados que marcaron la emergencia de espacios y actores silenciados por las experiencias coloniales. Sólo a partir de este momento la historia de la humanidad pudo volverse a pensar más allá de los dictámenes de las metrópolis europeas. Con crisis debemos entender la crisis tanto del ideario de la época como de los elementos politicoeconómicos que la contenían.

La relevancia de este momento histórico se debe a la singular coherencia de los acontecimientos que progresivamente han dado paso a la construcción de un mundo multipolar. La relación entre los centros de poder y las periferias han cambiado sustancialmente de dos maneras: Por un lado las relaciones de dependencia tras el fin de la Segunda Guerra mundializada, y por otro los mecanismos de coacción globales que surgieron para la protección del mundo occidental.

En ese orden de ideas, el fin de la Segunda Guerra mundializada puede entenderse como la otra cara de la moneda de eso que W. Mignolo denominó la *herida colonial*. Europa, el centro del mundo, perdió el control sobre los dominios que había construido desde la conquista americana y el poder diseminado por África, Asia y Oceanía durante la Era del Imperio.

Por este motivo, el enfoque teórico decolonial es preciso para entender el marco de las conflictividades surgidas entre los centros y las periferias en el proceso de reconfiguración capitalista bajo, ahora, la órbita del capital financiero transnacional en confrontación con las formaciones sociales indígena-campesinas de América Latina que parieron los movimientos revolucionarios guerrilleros.

Conceptos-herramientas en la arrogancia del punto de origen

Ahora bien, volvamos a por qué pensar el iluminismo como un movimiento que comparte ciertas prácticas con el milenarismo, ya que al revisar sus supuestos, encontraremos elementos que hacen de la colonialidad una ontología multiespacial. Para Hobsbawm, el milenarismo fue un movimiento político que no se puede suscribir plenamente a lo primitivo, pero tampoco a la modernidad ¿Por qué? A mi parecer, porque el milenarismo reviste gran parte de la ideología inherente a la vía emancipadora que surge en el seno de las contradicciones de la misma modernidad. Sin embargo, dentro de las formas primitivas de resistencia, éste fue el más moderno de lo primitivo, según el autor. Así, marca el historiador tres categorías que notablemente se asemejan a la ontologización universalista del pensamiento eurocéntrico, cuya génesis fue escrita bajo los designios del darwinismo histórico-social del siglo XIX:

“El movimiento milenario europeo típico y pasado de moda tiene tres características principales. Primero, un rechazo profundo y completo de este mundo de maldad, y un anhelo apasionado de otro mejor, en una Palabra, espíritu revolucionario. Segundo, una «ideología» bastante típica, de índole quiliástica como la tiene analizada y descrita el profesor Cohn. La más importante de las ideologías de esta clase antes de la aparición del revolucionarismo secular moderno, y acaso la única, es el mesianismo judeocristiano. Sea como sea, parece que los movimientos milenarios clásicos solamente acontecen, o casi, en países afectados por la propaganda judeocristiana. Esto no es casual porque es difícil elaborar una ideología milenaria dentro de una tradición que ve el mundo en forma de devenir permanente o como una serie de movimientos típicos, o también como cosa permanentemente estable. Lo que hace milenarios es la idea de que el mundo, tal cual es, puede —y de hecho lo hará— acabar un día, para resurgir luego profundamente cambiado, concepción ésta ajena a religiones como el hinduismo y el budismo. Esto no quiere decir que

Las convicciones mismas de un movimiento milenario cualquiera hayan de ser quiliásticas en el sentido estricto judío o cristiano. En tercer lugar, es común a los movimientos milenarios una fundamental vaguedad acerca de la forma en que se traerá la nueva sociedad.”³

Como lo menciona Césaire, la civilización moderna tal cual nos fue impuesta, es inentendible fuera de los preceptos del cristianismo occidental. Al respecto, en su análisis sobre el eurocentrismo, Samir Amín analiza las trayectorias de formación histórico-ideológica que cimienta el científicismo europeo en el siglo XIX. Su investigación demuestra cómo el Medioevo tuvo que ver más con la expansión y amalgamas de los universos sociales/religiosos que coexistieron largo tiempo desde Alejandro El Grande:

³ Hobsbawm, Eric. *Rebeldes Primitivos*. Editorial Crítica. Barcelora, 2006. Pg. 93

“En primer lugar, la ruptura edad antigua/edad medieval no se sitúa allí donde la historia convencional eurocéntrica la coloca, es decir al final del Imperio romano de Occidente (los primeros siglos de la era cristiana). Nosotros situamos esta ruptura antes, en la época de Alejandro el Grande, es decir en el momento de la unificación helenística de Oriente (300 años a. C.). La época medieval comprende pues la sucesión (o la coextensión) de los mundos helenístico (incluso romano), bizantino, islámico (incluso otomano) y cristiano occidental (feudal). La elección de la ruptura convencional situada al final del Imperio romano revela un prejuicio bien anclado que otorga a la era cristiana el valor de una ruptura cualitativa decisiva que en realidad no tiene. Esta ruptura es sin duda importante para el conjunto europeo, dado que corresponde al paso gradual de los años de la barbarie (céltica, germánica y eslava) a la sociedad de clase organizada (aquí bajo la forma feudal), pero en Oriente (bizantino e islámico) no es estable. Retenerlo aquí revela una proyección eurocéntrica abusiva.”⁴

Aún si comprendemos la capacidad de universalización de los relatos y sincretismos de la cristiandad, debemos ser conscientes que, pese a ello, las efemérides temporales que ha recreado el mismo eurocentrismo para contenerlas, es en sí un acto de autoafirmación del ego eurocéntrico. Las rupturas temporales tienen que ver con un ejercicio de enunciación más que con realidades innatas a la realidad universal, podemos empezar a plantearnos nuevos escenarios temporales a pesar -o justamente por- nuestra condición colonizada. Así pues, el paradigma sobre el cual historiadores como Hobsbawm se posicionan para definir las tradiciones revolucionarias bajo su lupa, se equivocan al ver en nuestras formaciones políticas una proyección de las suyas a la sombra de sus etapismos.

La historia de los movimientos revolucionarios “universales” en esta antinomia, suelen estudiarse en las academias en dos partes: primero la que atañe a las sublevaciones de la antigüedad y el Medioevo. Dícese rebeliones de esclavos, herejías o sublevaciones campesinas. Para el caso de la modernidad -intervenido el relato histórico por las *dos revoluciones*- estudiamos los efectos del liberalismo filosófico en la formación de los Estados modernos, y las formas de confrontación entre el capital y el trabajo. Esto es: la conciencia de un hombre universal con derechos y deberes igualmente universales, *liberté, fraternité, égalité*; las resistencias del artesanado, las disputas entre las burguesías nacientes contra las élites estamentales del Antiguo Régimen y los movimientos obreros en las fábricas de los centros industriales. Por desgracia, este método evolucionista de leer la *historia desde abajo*, ha dejado a los movimientos revolucionarios periféricos en el inframundo epistémico de la historia.

⁴ Amir, Samín. *Eurocentrismo. Crítica a una ideología*. Editorial Siglo XXI. Madrid, 1989. Pg. 60

*La arrogancia del punto de origen*⁵ de la que habla el filósofo colombiano Castro Gómez, tendría que ver acá con dos situaciones: el afán laico iluminista decimonónico, hace una lectura de la propia superación de sus paradigmas y los impone en una escala evolutiva al resto del mundo. Si los elementos cristianos superviven en los movimientos contestatarios, entonces hablamos de formaciones atávicas no modernas. Por otra parte, el artilugio que separa tajantemente a los revolucionarios de la antigüedad con los de la modernidad, parte de una temporalidad inventada por la lógica de la colonialidad y la cartografía del poder. En esta cartografía del poder, los movimientos políticos son propios a los espacios de las ciudades, mientras las relaciones de solidaridad que se expresan en acciones políticas organizadas fuera de este entorno son tomadas como pre-políticas.

Al respecto dice Hobsbawm:

“Los vínculos de solidaridad debidos al parentesco o a la tribu, que, combinados o no con vínculos territoriales, son la clave para la comprensión de las que suelen calificarse de sociedades «primitivas», no han dejado de existir. Pero aunque tienen todavía una importancia considerable, han dejado de ser la forma primordial de defensa del hombre contra las arbitrariedades del mundo que le rodea. La discriminación entre estas dos fases de los movimientos sociales «primitivos» no puede llevarse al extremo, pero creo que debe hacerse.”⁶

Tomando como puntapié este apartado, se da por sentada la incapacidad de transformación estructural de las subalternidades en América ¿Cómo explicar, entonces, la Revolución Mexicana, el movimiento Sandinista, o las formaciones guerrilleras del tercermundo? Pareciera que aún en el análisis del marxismo británico, la infantilización de los sujetos-otros es un *modus operandi* que se desentiende de la *mundialización del valor*⁷. En otras palabras, que omite arbitrariamente las lógicas del capitalismo realmente que existente, bajo las cuales se exime la homogeneización del mundo a pesar de la polarización constante en la que el capitalismo se permite auto centrar las rentas mundiales en los centros del mundo contemporáneo. No hablar de la transmisión de la renta que se da de las periferias a los centros, de la imposición de las ventajas comparativas sobre las que se robustece la desigualdad global, es comulgar con la ideología colonialista. Finalmente, las relaciones de dependencia se sustentan en el

⁵ Es decir, una confianza insidiosa surgida de la idea de que los europeos ocupaban un *locus* universal de observación y enunciación desde el que podían clasificar el mundo y a sus habitantes. La transformación radical en la geografía del conocimiento hizo que todos los otros *locus* de observación dependieran de la perspectiva cristiana.

⁶ Op. Cit. Pg. 11

⁷ En referencia dice Samin Amir: “ganancia calculada en torno a una determinada tasa (o varias). Ahora bien, no se pueden deducir las productividades comparadas de la comparación de los ingresos (salarios y ganancias), sino hacer lo contrario: partir del análisis comparativo de las condiciones de trabajo que definen las productividades comparadas y las tasas de extracción del trabajo excedentario, pues las tendencias a las distribuciones equitativas de la ganancia se superponen a esas combinaciones entre la remuneración del trabajo y su productividad, variables a causa de las condiciones de la explotación.”

poder coactivo de los países centrales sobre las condiciones productivas del resto. Los campesinos, indígenas y negritudes, son las manos baratas de los modelos primario-exportadores.

Como bien lo indica Mignolo en *La idea de América*, el pensamiento eurocéntrico contemporáneo decidió establecer sus grandes relatos enmudeciendo la realidad circundante. El liberalismo, el conservadurismo y el socialismo, nos son constantemente presentados como los grandes ismos de la historia moderna. Una pedagogía de la historia más abarcadora debe incluir al colonialismo como uno de los grandes ismos de la modernidad. Aunque esto implique hurgar en la ceguera predeterminedada del humanismo occidental. De ahí podemos entender por qué el trasegar de la resistencia armada en América Latina es socialista en tanto anti-imperialista y anti-capitalista.

Del ¿Corto Siglo XX?

Los brazos baratos de América Latina ¿Constituidos o constitutivos del capitalismo?

“En cambio, piénsese en el acondicionamiento cultural histórico —algo que el hombre sí puede controlar— que le ha tocado vivir al campesino, incluyendo el trauma del contacto inicial indio con la cultura occidental representada en los rudos conquistadores, el de las revueltas abortivas iniciales contra los españoles, el del tratamiento opresivo y rutinario en mitas, conciertos y reducciones misionales, el del movimiento nativista de Pisco, el de la Guerra de la Independencia, el del cambio de tenencia al terminar los resguardos, y el del caos económico y social de las guerras civiles, aparte de las pequeñas pero grandes luchas diarias del indio y del campesino contra la penuria y la explotación. Muchos desengaños, la pobreza y la sublimación religiosa del sufrimiento fueron el resultado de estas gestas.

Así, las relaciones del campesino con patrones, caudillos y gamonales, con individuos educados o de alguna categoría, no han sido del todo constructivas o benéficas para el primero, aunque sí mucho para los segundos. Desde el encomendero piadoso pero egoísta, hasta el moderno intermediario metalizado y frío, los que han pertenecido a algún estrato social superior al del campesino se han sucedido para explotarlo. Aunque con honrosas excepciones, esta historia lleva ya 400 años.”⁸

Los currículos de las carreras de Historia en gran parte de las Universidades públicas de nuestro continente, tienden a abordar acriticamente las temporalidades impuestas por la colonialidad del saber. Esto ha sucedido, como vimos, con las convenciones entorno a la prehistoria, al fin de la antigüedad, de lo pre moderno, lo moderno y también, de lo contemporáneo. En esa escala evolutiva, las formaciones sociales sobre las que se sustenta la explotación del capital, suelen ser relegadas a los albores de las tradiciones

⁸ Borda, Fals. *Una sociología sentipensante para América Latina*. Siglo del Hombre Editores. Bogotá, 2009. Pg. 35

movimentalistas que Europa vivió en su antigüedad. Esta singular lectura, no comprende, por ejemplo, el que grandes puertos capitalistas, como Liverpool, surgieran precisamente por el contrabando de los humanos secuestrados de África⁹. Tampoco nos dice nada sobre los aportes de la extracción de la plata a los banqueros alemanes, genoveses, portugueses y españoles, y por ende, a la construcción centro-periferia que entraña la concentración de las rentas mundiales; concentración que desde el siglo XVI ha conformado una hegemonía en términos de centros dominantes y periferias dependientes¹⁰. Qué sería pues de la *primera revolución industrial* sin el algodón extraído de los brazos negros del norte brasilero. Y el caucho, monopolio también nordestino y amazónico, ¿no influyó en la formación de la *segunda revolución industrial*?

Aunque resulte abominable plantear situaciones contra fácticas, es menester acentuar en las lógicas de división internacional del trabajo, para comprender por qué, por ejemplo, La Casa Arana asesinó a miles de indígenas del Amazonas para quedarse con el monopolio cauchero de la zona. La peruano-británica Peruvian Amazon Company, hizo su fortuna explotando brutalmente a los pueblos indígenas amazónicos, mediante la amenaza, la tortura, la esclavitud y el asesinato.

La supuesta prescindibilidad de ciertos grupos sociales y la supuesta irresistibilidad histórica al desarrollo de las fuerzas productivas, no solamente esquiva la deshumanización y despersonalización de determinados colectivos -constitutivo de la lógica capitalista-, sino que alberga una infame apuesta donde se jerarquizan las atrocidades: nos cuestionamos los campos de concentración, pero elegimos no saber nada sobre los genocidios a los que son expuestas las comunidades indígenas en el proceso de concentración de tierras del capitalismo agrario funcional al capitalismo global. De tal forma, los aparatos ideológicos de la colonialidad del saber que piensan en los currículos de Historia, imprimen en nosotros una jerarquía de valores que nos impide un lugar de empatía inter-subjetiva.

La banalización de las tradiciones de lucha local a este tipo de atrocidades, todas producto de la colonización y el imperialismo capitalista, buscan sojuzgar nuestros parámetros epistémicos.

El régimen de explotación agraria sobre determinados colectivos, negros, étnicos, generizados, en fin, no pertenecen, en realidad, a los prolegómenos de la historia del capitalismo reciente, sino por el contrario, son constitutivos del mismo. Y así tendríamos que plantearnos alternativas para promover nuestra historia en términos pedagógicos y educativos.

En cada territorio una resistencia. A cada solidaridad una revolución

La imposición de las naciones y nacionalismos juega, en las resistencias latinoamericanas, un doble rol. Por una parte, elimina física o simbólicamente a los

⁹ Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires, 2004. Pg. 108

¹⁰ Op. Cit. Pg. 186

contingentes humanos que asume pretéritos o problemáticos para cumplir la misión homogeneizadora propia de los Estados Modernos. Cuenta para ello con las huellas que ha dejado la desterritorialización heredada de la colonia. La fragmentación de las subjetividades de los pueblos indígenas, su desarticulación con la tierra, la imposición de habitus y cosmogonías bajo las lógicas hombre-mujer –y con ello una división sexual del trabajo que permite sacar mayores excedentes de las unidades familiares, en tanto la mano de obra de las mujeres es peor remunerada-, la imposición de fronteras ficticias que se superponen a las comunidades existentes; todo esto no se da sobre las aguas calmas del diseño territorial imaginado por las élites locales. Por el contrario, como veremos, las redes de alianzas debidas a la coexistencia de distintos sujetos, marcan las particularidades de la organización política para la resistencia, por y a pesar de esta *herida colonial*¹¹.

Por otra parte, la necesidad de soberanía ante el avasallamiento político, económico y espacial de Estados Unidos- sobre todo en el siglo XX-, fue incrustando un nacionalismo de abajo que interpela, violentamente, a las oligarquías nacionales. De ahí que las guerrillas desde los años 50's en adelante resinificaran componentes propios del nacionalismo: simbologías, banderas, hitos de las independencias, credos nacionales, etc.

Si el componente agrario-campesino-indígena marca las pautas de la resistencia anti-capitalista en gran parte de nuestro continente –excluyo para la facilidad del análisis a los países que cuentan con una concentración urbana mayor, como Argentina, Uruguay y Chile- no podemos obviar la discusión raza, clase y género, propia de la agenda decolonial. Gracias a los recientes aportes de feministas como Oyèrónké Oyěwùmí (Nigeria), Gloria Anzaldúa (Chicana), y María Lugones (Argentina), podemos comprender cómo las identidades subalternas sufren una transformación radical en sus modos de vida, en la organización territorial de sus comunidades, y en la generización binaria y jerarquizada que el patriarcado occidental impuso, determinando el nivel de precariedad en el que debían ponerse a las mujeres, por dar un ejemplo. Desde ahí, podemos entender las implicaciones de la desestructuración geohumana, imperialismo mediante.

Cronologías de la colonialidad del poder en el saber

Bajo estos términos, podríamos discutir la periodización del *Corto Siglo XX* que nos propone Hobsbawm. Los sujetos revolucionarios del continente americano, han fomentado históricamente todo tipo de luchas contrahegemónica por el derecho a la existencia. De ahí que las reformas agrarias hicieran parte de casi todos los programas de las guerrillas latinoamericanas. Un punto de quiebre en nuestra historia regional tiene que ver con una determinada formación política revolucionaria, bajo condiciones de resistencia al imperialismo totalmente diferentes a las abordadas por la Revolución Rusa, una composición de clases donde el factor étnico fue clave, y sin embargo, la

¹¹ Mignolo, Walter. *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa Editorial.

consecuencia de un mito nacional que perdura hoy en día, en su antinomia subalternidades-oligarquía. Estoy hablando de la Revolución Mexicana.

La consigna de *Tierra y Libertad* enarbolada por la Revolución Mexicana, se expandió por todo el continente. El método campesino-indígena de lucha armada cerró filas contra el avance económico y militar de los Estados Unidos. Más que un programa a la manera iluminista del marxismo, los movimientos agrarios pusieron en marcha un trasegar territorializado contra la usurpación y la concentración de las tierras. Más aún, contra el imperialismo norteamericano.

La invisibilizada participación de las mujeres, para el caso de la Revolución Mexicana, tuvo que ver, como lo anota Octavio Paz, con la implantación del mito de la maldición de Malinche. *Mujer igual a debilidad entreguista*; con este relato se socavó la participación activa de las mujeres en las luchas agrarias, aunque poco a poco vamos enterándonos, por estudios multidisciplinarios, que en realidad esto es parcialmente cierto¹², por no decir falaz.

Las subalternidades armadas generaron contra-relatos forjados a fuego en sus luchas anti-imperialistas y anti-capitalistas. Transmitieron diacrónicamente ciertas efemérides impresas en la memoria de los combatientes, de sus reservorios ideológicos, sus nacionalismos, en honor al espíritu de sacrificio de los caídos, en fin, de sus rituales. Los referentes de las revoluciones o levantamientos campesinos de la primera parte del siglo XX, sirvieron de sustento mítico-territorial para las vanguardias guerrilleras de la segunda mitad de ese siglo. Fueron contra-relatos que dotaron de sentido su actividad revolucionaria. Entendemos así los aportes del pensamiento de los revolucionarios mexicanos en el EZLN actual; en el Salvador, la fundación del FMLN en referencia a Farabundo Martí, fusilado en un levantamiento campesino en 1932; las implicaciones de la figura de Sandino en la Nicaragua de los setentas; las referencias a Benkos Bioho, epopeya que hace de Palenque una esperanza emancipadora para los negros esclavizados del Caribe. La reificación de un pasado rebelde, en el que el ejemplo de los líderes campesinos de las primeras décadas del siglo –todos asesinados con la colaboración implícita o explícita de los Estados Unidos- se retoma en la segunda ola insurgente. Hay un saber genealógico implícito en este uso de la historia. Hay un lugar de las memorias militares de los oprimidos que se renueva y revitaliza con la explosión de la revolución cubana.

No hay que ir más lejos para ver la composición social que hizo la Revolución Cubana: negritudes, obreros, intelectuales y campesinos. Si permitimos que el relato eurocéntrico de la *contradicción principal*, elimine nuestros sujetos subalternos y su quehacer intersubjetivo, podemos subsumirnos, pasivamente, y creer con Hobsbawm que el Siglo XX empieza con la Revolución Rusa y termina con la caída del muro de Berlín. Mas si desconfiamos de ello, y decidimos pasar revista por nuestra historia, nos vemos compelidos a tener en cuenta otras tramas históricas, con otros sujetos de cambio y otras

¹² Para mayor profundidad sobre el rol de las mujeres en la génesis de la lucha armada colombiana ver Jaramillo, Carlos Eduardo. *Los guerrilleros del novecientos*. Editorial CÉRC. Bogotá, 1991.

formas organizativas. Quizá, entonces, podamos ver en procesos como la Revolución Mexicana o la misma Revolución Cubana, parteaguas más acordes a nuestras propias condiciones materiales e históricas.

Tal como lo marca la historia, la praxis contrahegemónica de las bases latinoamericanas -si bien no se desentendió de los grandes relatos-, vertebró a través de su relato-experiencial nuevas acciones políticas revolucionarias.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la resistencia armada latinoamericana enfrentó los avatares de las represiones locales, los efectos de la intromisión económica y militar de Estados Unidos en las agendas nacionales tras el triunfo de la revolución cubana- la guerra fría y el plan cóndor-, el efecto autodestructivo debido a los contactos con el narcotráfico, y el fin del *socialismo real*. En este trasegar nos encontramos con las FARC en Colombia, las ya citadas guerrillas de Centro América y El Caribe, Alfaro Vive Carajo en Ecuador, Sendero Luminoso en Perú, sólo por anotar las más conocidas¹³.

La táctica de la lucha armada indígena-campesina toca su fin con tres hechos troncales: la desmovilización de las FARC-EP, la muerte de Fidel Castro - y con ello, la transformación del relato de la *guerra de guerrillas* como aglutinante subversivo regional- y finalmente, la candidatura presidencial de una mujer indígena del EZLN. Como vemos, esa forma que caracterizó a las formaciones revolucionarias latinoamericanas del siglo XX, y que se originaron contra los aparatos de los Estados y la intromisión capitalista, han decantado en la búsqueda de nuevas alternativas que permitan generar políticas y participaciones heterogéneas, tanto en el campo popular no institucionalizado, como al interior de los organismos estatales. Si las luchas organizadas contra las manifestaciones del capitalismo en términos de centros y periferias, son las que en últimas determinan nuestras temporalidades, podemos decir que acá termina nuestro largo siglo XX.

Génesis de las FARC-EP: una propuesta de pedagogía decolonial para el posconflicto

Pensar los códigos en los que se enuncian los conflictos armados, pasa por cuestionar ciertas nociones que sirven de uso público para la represión. Delimitar las transformaciones históricas que le dieron un giro sustancial a la resistencia indígenocampesina en Colombia es necesario, si es que queremos restablecer los vínculos empáticos que fueron torpedeados por una guerra que, en realidad, encierra al día de hoy muchas guerras.

¹³ . Otro es el caso, sin embargo, de las guerrillas urbanas del Cono Sur (Mir en Chile, Montoneros en Argentina o Tupamaros en Uruguay). El componente urbano e industrial de sus países, hizo que sus formas organizativas y la composición social de sus filas fuese distinta al resto de las guerrillas mencionadas.

El no entendimiento de las transformaciones históricas de la lucha armada, imposibilita una posible solidaridad inter-regional para su anhelada resolución. Finalmente ¿Hay que darle espacio al terrorismo? ¿Cómo pensar la solidaridad inter-regional si en Colombia se vota por la guerra?

La coyuntura colombiana actual nos impele a hacer preguntas incómodas que el conflicto nos negó a formular. Tal vez una estas tenga que con cómo generar un nuevo imaginario colectivo que le permita a las FARC ingresar a la arena política democrática.

Contexto actual

La descomposición de la lucha armada está relacionada, indefectiblemente, con el entronque de las actividades ilícitas como el narcotráfico, el desplazamiento forzoso, y las acciones armadas indiscriminadas que cobraron la vida de miles de civiles. Con todo, no es menos cierto que el Estado Colombiano con sus aparatos ideológicos y dispositivos –léase discursos, instituciones, instalaciones, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, proposiciones morales – ha implantado un imaginario monolítico deshumanizante que funciona para justificar la llamada guerra anti-subversiva. Generalmente estos dispositivos suelen silenciar las responsabilidades del Estado y las clases dominantes tanto en la génesis del conflicto como en su sangrienta prosecución. El Terrorismo de Estado suele salir de escena mediática tácticamente, y volver al centro cuando la represión “necesaria” vuelve a ponerse en la agenda del día.

Por ejemplo, gran sorpresa se llevó la opinión internacional con el resultado del plebiscito por la paz. El triunfo de los promotores del NO y la consecuente posibilidad del cambio de condiciones para la concreción de los siete puntos firmados entre el gobierno nacional y las FARC en La Habana, abren una serie de cuestionamientos sobre la capacidad de acción de los nuevos agentes de poder que surgieron tras la crisis del bipartidismo. Una crisis contemporánea que poco tuvo que ver con los picos más álgidos de la violencia política precedente por la cual se explica, canónicamente, el origen de la insurgencia. Picos que hasta la constituyente de 1991 parecían intensificar el contraste entre el Partido Conservador y el Partido Liberal, fueron sacados de escena y depuestos en un pacto silencioso de las elites en reacomodo, para dar cabida partidaria a los representantes del para-estado: gigante oculto tras un telón de transparente dudoso. Las elites con sus pactos reacomodaron las instituciones, los tres poderes se revolviéron por una mano visible cuyo aroma emana café, caña de azúcar y bananas; con masacres, narcotráfico y militarismo reordenaron las finanzas; ocuparon, expropiaron, arrendaron y vendieron buena parte de las tierras sin titularidad que mal habitaban alrededor del 80% de campesinos, de un país cuyo 75% de la población total vive de y por el campo. No es menor anotar que somos el país con la concentración de tierra más feroz del mundo. Más que las naciones africanas. Contamos, en nuestro repertorio de atrocidades, con la fosa común más grande del continente; una tasa de desaparecidos que aumenta cada día y que según los reportes oficiales cuenta a 200.000 ciudadanos borrados del mapa. Todo en democracia.

Hay que tener en cuenta que Colombia tiene un PIB de guerra y una intromisión colosal de los EEUU tanto en cuestiones militares como económicas. Esta relación de dependencia se profundizó por la lucha anti-subversiva en la que se comprometieron ambas naciones, desde los sesenta en adelante. Por lo demás, la guerra como una dinámica de Estado refiere justamente a la incapacidad premeditada de las clases dominantes para abrir el escenario político al grueso de la población, desde la guerra de los mil días (1899-1902) que decantó en el hurto de Panamá, hasta la actualidad.

Los antecedentes: breve recuento histórico

El conflicto armado comienza con la Violencia. Y la Violencia está asociada a dos factores originarios que se influyen mutuamente: el control sobre la tierra y sobre el Estado, sobre todo a partir de la subida del precio del café y los presupuestos de gastos de los gobiernos aumentan considerablemente. El telón de fondo es el enriquecimiento de Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial.

El alza del precio del café y el crecimiento de la demanda interna desencadenaron conflictos agrarios en las zonas cafeteras donde predominaban el arriendo y la colonización de tierras baldías. Los arrendatarios desconocían los convenios de trabajo con las haciendas y los colonos invadían tierras que pertenecían a ellas o las pretendían. El triunfo del Partido Liberal en 1930 y la influencia de la ideología socialista en la organización de ligas campesinas jugaron un papel determinante, que en muchas regiones fue reprimido por armas oficiales o privadas.

El liberalismo, en el poder a partir del año 30, trató de ganarse la fuerza pública para imponer en algunas regiones su mayoría electoral o para defenderla. Los conservadores no estaban dispuestos a perder en las urnas lo que habían ganado con las armas en la Guerra de los Mil Días. Usaron las dos formas y añadieron una tercera muy poderosa: la fuerza de la Iglesia católica. El liberalismo apeló a encabezar luchas agrarias como apoyo político. El Partido Comunista tomó el mismo camino. De tal suerte que armas, presupuesto nacional, ideología y tierra, es decir, todas las formas de lucha, se convirtieron en la mezcla explosiva que llamamos La Violencia –1925 y 1955–. Gaitán representó las aspiraciones populares y Laureano Gómez las del Establecimiento. Entre esas fuerzas el choque fue inevitable¹⁴.

Las FARC-Ep, más que Rebeldes Primitivos

El elemento “primitivo” de las luchas agrarias del continente, según el análisis de Eric Hobsbawm, estaría dado por el bajo nivel del desarrollo de las fuerzas productivas en que se encuentran las formaciones político-económicas de América. El campesinado, y tanto más los indígenas, no serían, pues, constituyentes del capitalismo, sino sujetos supervivientes de un pasado pre-capitalista.

¹⁴ Molano Bravo, Alfredo. *Fragments de la historia del conflicto armado (1920-1955)*. Serie en El Espectador. Bogotá, 2016.

La invención de la tradición es aquí una imposición del ego-cogito del intelectual preso en su eurocentrismo. Ese mismo *locus* de enunciación también fue usado para la invención de identidades colonizadas, por ejemplo en África. Como lo anota Sabelo Ndlovu-Gatsheni:

“El concepto de la “invención de la tradición” fue acuñado por Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1983) en su influyente volumen editado titulado *La invención de la tradición*, que despertó animados debates. Las invenciones coloniales incluyeron la reproducción de las identidades africanas como auténticamente tribales y la codificación de dichas subjetividades inventadas en el derecho colonial para sustentar las ideas políticas coloniales de “dividir” y “gobernar”. La definición implicaba “inventar” subjetividades mediante las cuales “el nativo es coaccionado, localizado, marginado de la civilización, confinado a la costumbre, y luego definido como su producto”¹⁵.

En *La antinomia de “la violencia” en Colombia*, el historiador inglés iguala al bandolerismo social con las organizaciones campesinas que se vincularon a la lucha armada de las FARC. Como bien puntea Guha, para Hobsbawm «El bandido es un *fenómeno pre político* y su fuerza es *inversamente* proporcional a la del *revolucionarismo organizado* y a la del *Socialismo o Comunismo*» [las cursivas son del autor]. Y encuentra que «las formas tradicionales del descontento campesino» han estado «virtualmente desprovistas de cualquier ideología, *organización o programa* explícitos». En general, la «gente pre-política» se define como los «que todavía no han encontrado, o están justamente empezando a encontrar, un lenguaje específico en que expresar sus aspiraciones sobre el mundo»¹⁶.

Como pasaremos a demostrar, la trayectoria organizativa tanto de las FARC como de distintas guerrillas campesinas, pasó por la elaboración de invenciones múltiples de un pasado en confrontación con las manifestaciones de la colonización y el imperialismo. Se construyeron identidades colectivas de resistencia que reconfiguraron los hitos nacionales. Para el caso concreto colombiano, el nivel de concentración de la tierra en grandes latifundios y los efectos de las guerras, condujeron a que la reforma agraria se fundiese tanto en las demandas del movimiento campesino, como en uno de los puntos fuertes del programa comunista que le permitiría a las FARC avanzar y mimetizarse en los departamentos del occidente colombiano.

Periferias ¿Constituidos o constitutivos de la modernidad y el capitalismo?

El caso colombiano

¹⁵Ndlovu-Gatsheni, Sabelo. *Genealogías y linajes de la colonialidad en África desde los encuentros coloniales hasta la colonialidad de los mercados*. En “Genealogías de la colonialidad en América Latina, África y Oriente. 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : IDAES, 2016. Libro digital, PDF - (Programa Sur-Sur)

¹⁶ Guha, Ranahit. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Ed. Critica. Barcelona 1996. Pg 98

A principios del siglo XX, los modelos primario-exportadores sobre los que se basó la producción y exportación de bienes primarios de consumo, se sostuvieron sobre la base de un desarrollo desigual potenciado por las presiones del capital internacional y las represiones financiadas por Estados Unidos. Las maquinarias llegaron con altas tasas de endeudamiento; la concentración de la tierra fue de la mano con el aniquilamiento de poblaciones originarias o campesinas; el desplazamiento forzado y la precarización del trabajo en campos y ciudades.

Para el caso de los países de gran concentración rural, el inconformismo de los desterrados se mezcló con pautas culturales y políticas heredadas de la colonia: así la religiosidad –pese a las fuerzas reaccionarias que operaban en la Iglesia-, el conservadurismo moral de las familias y el conformismo atávico que ata a estos sujetos su pequeña parcela para la supervivencia. En el caso colombiano, las guerras inter-oligárquicas de finales del siglo XIX y principios del XX –en concreto La Guerra de Los Mil días- fustigó una participación desmesurada de las poblaciones rurales en las confrontaciones armadas, dejándoles, a su saldo, mortandad y desplazamiento interno. Las políticas estatales de nuevas colonizaciones fueron producto de las ocupaciones a la fuerza y de las presiones campesinas.

“Sea como sea, parece que los movimientos milenarios clásicos solamente acontecen, o casi, en países afectados por la propaganda judeocristiana. Esto no es casual porque es difícil elaborar una ideología milenaria dentro de una tradición que ve el mundo en forma de devenir permanente o como una serie de movimientos típicos, o también como cosa permanentemente estable. Lo que hace milenarios es la idea de que el mundo, tal cual es, puede —y de hecho lo hará— acabar un día, para resurgir luego profundamente cambiado, concepción ésta ajena a religiones como el hinduismo y el budismo.¹⁷”

Cuando Eric Hobsbawm hace referencia a los componentes religiosos de las doctrinas milenaristas, al suscribirlas en el margen entre lo primitivo y lo moderno, deja de lado la mecánica en la que la religiosidad asume distintas prácticas según sea la cartografía predisuelta por la colonización. Como lo vimos anteriormente, el lugar de la religiosidad se entiende sólo para imponer los parámetros auto-enunciados de laicismo o emancipación. Al fijarnos en la historia del continente, vemos que la cristianización fue uno de objetivos mejor impuestos por la conquista y colonización. Así compuesto, el universo simbólico de muchas comunidades ha respondido sincréticamente –y no por ello menos modernamente- a los avatares en que les ha puesto el capitalismo. Por ejemplo, el surgimiento y mantenimiento de un ejército popular cristiano en los 60's como lo es el Ejército de Liberación Nacional en Colombia, o sin ir más lejos, el movimiento de curas tercermundistas. Si nos remontamos aún más en la historia, encontraremos a revolucionarios de las luchas independentista que como Miguel Hidalgo en México, no habrían podido canalizar el descontento popular, justamente por su raigambre jesuita, sin haber generado un vínculo previo entre las comunidades

¹⁷ Hobsbawm, Eric. *Rebeldes Primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Ed. Ariel. Barcelona, 1968. Pg 93.

indígenas y las apetencias republicanas. Un ejemplo de este sincretismo entre la conciencia cristianizada y la conciencia emancipadora de los movimientos revolucionarios, lo encontramos también en el origen de las FARC. Ello tiene que ver con el contacto epistémico entre Victoriano Lorenzo y Quintín Lame. Éste último uno de los grandes referentes de la lucha indígena, y como veremos, de las mismas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

Génesis de las FARC: breve recuento histórico

Victoriano Lorenzo fue un indígena y general revolucionario colombiano nacido en el actual Panamá. Su participación en la Guerra de los Mil Días (1899-1902) tuvo una fuerte influencia en el istmo de Panamá, luchando contra las injusticias del gobierno conservador. Cristianizado, como gran parte de la sociedad latinoamericana, Victoriano entendió que las relaciones de dominación que ejercían los terratenientes sobre su comunidad se circunscribían en un error fundamental: El levítico 25 establece un régimen de albergue y solidaridades para con el desposeído, y unas responsabilidades básicas para el sostenimiento de la propiedad territorial. Durante el conflicto de principios del siglo pasado, y en esta percepción de la política territorial, se encontró con otro gran revolucionario, Quintín Lame, quien a la postre alimentaría el contacto rebelde de las FARC-EP con los nuevos colonos del suroccidente colombiano.

Marquetalia es una vereda del corregimiento de Gaitania, municipio de Planadas, Tolima, situada en la falda occidental del nevado del Huila; una región que suena desde entonces a guerra, no sin razón porque los enfrentamientos militares entre la guerrilla y el Ejército son frecuentes hasta hoy. Una de las preguntas más inquietantes es por qué el sur del Tolima y el norte del Cauca fueron la cuna de las Farc y por qué son regiones que aún están envueltas en el conflicto. La respuesta está vinculada a varios dos grandes litigios históricos vigentes en esos territorios: la lucha por la tierra de los indígenas —paeces y pijaos— y la de los campesinos por el reconocimiento de sus derechos políticos.

La primera tendencia está representada por las peleas del ya mencionado indio Quintín Lame en las regiones de Tierradentro y Chaparral entre 1922 y 1945. Hay que recordar que el resguardo o parcialidad indígena fue creado por la Corona española en la segunda mitad del siglo XVI para defender a la población indígena del tratamiento de esclavos que le daban encomenderos, pero también para obligarlos a pagar tributos¹⁸. Fue una institución que —según Friede— hizo a los indígenas partidarios del rey. La República los hizo “hombres libres” para despojarlos de las tierras y convertirlos en terrazgueros. El siglo XX conocerá el renacimiento de la lucha del indio por la tierra.

Quintín Lame nació en una hacienda cerca a Popayán, donde su padre era terrazguero y por tanto obligado a pagarle al patrón en trabajo o en especie el permiso de vivir en la

¹⁸Molano Bravo, Alfredo. *Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010)*. Ed. Universidad de Antioquia. Medellín, 2015. Pg 4

hacienda. Participó en la Guerra de los Mil Días en Panamá como ordenanza del general conservador Carlos Albán y después, a órdenes del general-guerrillero Avelino Rosas, defendió “el tricolor nacional de la invasión ecuatoriana entre 1903 y 1904”, según sus palabras. Avelino Rosas fue subalterno de Maceo en la guerra contra España y trajo de Cuba el Código Maceo, un verdadero manual de guerra de guerrillas. Quintín Lame comenzó su lucha contra la política del general Reyes de liquidar los resguardos; fue nombrado “jefe y representante de los cabildos de Pitayó, Jambaló, Toribío, Puracé, Cajibío y algunos otros” en 1910. Entre 1914 y 1918 movilizó a los indígenas del Cauca por la recuperación y la creación de resguardos, hasta caer preso en 1915. La persecución política, la división del movimiento y la masacre de Inzá en 1916 lo obligaron a refugiarse en Natagaima, sur del Tolima, donde fundó, en compañía de José Gonzalo Sánchez, el Supremo Consejo de Indias, que creó el resguardo del Gran Chaparral.

Las reivindicaciones de Lame marcan un territorio de luchas que se extiende entre el río Cauca y el río Magdalena sobre el lomo de la Cordillera Central, entre Popayán y Chaparral. El Movimiento Armado Quintín Lame toma su nombre de ese caudillo porque, según uno de sus fundadores, fue “un personaje que agotó toda la parte legal para lograr metas, pero la parte armada también influyó mucho, como la misma toma de Paniquitá, la toma de Inzá y las de otras poblaciones donde él por la vía de la fuerza dio a entender que en el Cauca a esa clase de terratenientes no era fácil darles el golpe por el lado legal”¹⁹. Por la misma razón el poeta Guillermo Valencia, su enemigo a muerte, lo llamó “asno de los montes”. Una de las obsesiones de Quintín Lame fue la educación del indio. Su secretario, Abel Tique, afirmaba: “Antes de llegar el general estábamos en la oscuridad, pero él nos trajo la doctrina y la disciplina para defendernos”. Estos dos términos —doctrina y disciplina— se encuentran a menudo en las preocupaciones de Manuel Marulanda, líder histórico de la lucha armada liberal que decantará en la formación de las FARC-EP.

El segundo gran hecho es la colonización campesina de la Cordillera Central. Desde mediados del siglo XX, pero particularmente después de la guerra de 1876, una punta de colonización proveniente del Quindío llegó al norte del Tolima y fundó pueblos como El Líbano, Fresno y Padua; poco a poco avanzó por la cota cafetera hacia el sur del departamento, donde entró en conflicto con las grandes haciendas cafeteras que se expandían al ritmo de la economía cafetera y se apropiaban de los baldíos nacionales²⁰. Similares choques sucedieron en el Tequendama y Sumapaz, en Cundinamarca. El principal motor del café en Tolima fue la firma Rocha Hermanos, que se enorgullecía de cultivar 300.000 cafetos en su hacienda Providencia. A su alrededor crecieron otras grandes haciendas —Irco, Calibío, Banqueo, Guadual, El Jazmín y un pequeño pueblo de peones y arrendatarios llamado El Limón—. Numerosos trabajadores sin tierra se

¹⁹ Molano Bravo, Alfredo. *50 años de conflicto armado*. El Espectador. Julio de 2014. Versión online: <http://www.elespectador.com/search/noticias%20nacional%2012%20textos%20de%20alfredo%20molano%20sobre%20el%20origen%20del%20conflic%20articulo%20506947%2027%20de%20julio%202014>

²⁰ P. Cit. Pg 10

convirtieron en tabloneros, aparceros o terrazgueros y muchos indígenas abandonaron su resguardo para trabajar en las haciendas. La ola colonizadora aceleró el crecimiento o la fundación de pueblos como Rioblanco, Planadas, Herrera, San Antonio, Gaitania y Roncesvalles.

Así pues, cuando Hobsbawm afirma en su análisis sobre el conflicto colombiano que...:

“No se ven obreros y sólo figura algún que otro intelectual suelto o individuo procedente de la clase media. Con excepción de unos pocos indios (en localidades específicas) y de poquísimos —desproporcionadamente pocos— negros, encontramos el tipo corriente del campesino o pastor mestizo, esmirriado, chaparro, subalimentado pero sorprendentemente resistente que abunda por doquier fuera de las regiones costeras del país. Políticamente acusan la división propia del resto del país formando grupos liberales y conservadores —aunque de los últimos probablemente hay pocos— y un sector comunista todavía más pequeño no implicado en la Violencia misma y concentrado y armado en autodefensa contra irrupciones por parte del gobierno o grupos hostiles²¹”.

...en realidad está desvinculando, por su filtro ideológico eurocentrado, la raigambre indígena y campesina de la lucha armada, confeccionando un discurso que colinda con una imagen unidireccional y homogeneizante. Continúa:

“los valores tradicionales en áreas sometidas a una transformación social excepcionalmente rápida o sujetas a tensión excepcional, o en qué medida representa tan sólo las inquietudes excepcionales de hombres que han sido, como lo fueron, arrojados al vacío por el rápido girar de su antiguo y firme universo? A primera vista es, obviamente, lo último. Los guerrilleros o bandidos aventureros son gentes perdidas, especialmente juventud perdida; los hombres mayores, pasados los 30 o 35 años, tienden, si es que pueden, a retirarse de las montañas.²²”

Herencias y luchas agrarias: puntos de encuentro en la historia contemporánea de América Latina

Durante el siglo XX colombiano, hemos pasado revista sobre conflictos espaciales que en una micro-escala fueron generando una escalada de conflictividad diversa y mayor. Evidentemente cuando Hobsbawm habla de aquellos “arrojados al vacío” tiene en mente a los campesinos sin pastos comunes. O sea, a los campesinos expropiados por los yeomen ingleses en el proceso de privatización de los pastos comunales que dieron vida a las condiciones sobre las cuales se desarrollará la industrialización inglesa. Por el contrario, los campesinos latinoamericanos, y en concreto los colombianos, nacen con una herida colonial abierta: la desterritorialización no existe en tanto nunca fueron -ni son- reconocidos sus derechos patrimoniales. La desventura de la reubicación forzosa es una constante. La desterritorialización y por tanto la expulsión al vacío de los

²¹ Op. Cit. Pg. 264

²² Op. Cit. Pg. 270

productores agrarios, se sitúa –diferente a lo que nos cuenta el historiador inglés– durante el proceso de conquista y colonización. Dicha herida no hará más que profundizarse en los intersticios del avance del Estado-Nación.

En Colombia, como en otros países agrarios del continente, los reclamos territoriales buscaron suturar esta herida antañá mediante políticas públicas redistributivas. La lucha armada, en muchos casos, fue la forma de lucha más radical para lograr el objetivo de esta reforma estructural. Un común denominador del *modus operandi* de estas demandas de los movimientos insurgentes, tuvo –y tiene– que ver con programas que contemplan la reforma agraria: Formulación estructurante de las luchas y movimientos sociales territoriales, en aras de producir cambios en los regímenes de propiedad para desconcentrar la propiedad del suelo, y también de introducir modificaciones en las formas y tecnologías de producción. Valga aclarar con Fals Borda que las reformas agrarias no solo apuntaban al régimen de tenencias. Para el caso colombiano, anota el sociólogo una serie de ítems que van más allá del uso “económico” de la tierra, y que han estado insertos de distinta manera en buena parte de la demandas históricas de los movimientos indígena/campesinos de América Latina²³, como en el caso de Chile, Nicaragua y México. Los movimientos armados de la segunda mitad del siglo XX, entendieron que la relación hombre/mujer-territorio va mucho más allá del aspecto económico. Se debía contemplar también que los cambios culturales devendrían en re-apropiaciones de un espacio reconstituido comunitariamente para el *buenvivir*:

- Servicios públicos y comodidades como agua, luz y carreteras (especialmente las veredales y las de penetración a fincas) con base en la forma dispersa de poblamiento, pero con actividades culturales que desarrollen el espíritu de cooperación y disminuyan el agrocentrismo.
- Adopción del sistema astronómico para determinar propiedades y fijar títulos legales, incluyendo el uso del agua y entradas.
- Facilitación del proceso legal de la herencia y modificación acorde del régimen de sucesiones.
- Regulación de la transmisión de la propiedad para evitar la fragmentación y el minifundio.
- Consolidación de fincas pequeñas para formar explotaciones familiares que aseguren mayores entradas y menores costos de producción
- Reducción de latifundios por medio de compulsiones tales como impuestos progresivos sobre la tierra inexplorada.
- Reglamentación de contratos de aparcería y arrendamiento para hacerlos más justos y menos precarios para los trabajadores.
- Tecnificación y racionalización de la agricultura y la ganadería por medio de programas de extensión, y prestando atención preferente al combate de enfermedades y plagas.

²³ Borda, Fals. *Una sociología sentipensante para América Latina*. Siglo del Hombre Editores. Bogotá, 2009. Pg 52

- Mejoramiento de utensilios y herramientas para aumentar la eficiencia en las tareas agrícolas, especialmente en las fincas pequeñas y explotaciones de vertiente, e introducción de equipos de

Tracción animal y de maquinaria, con sus servicios de repuestos, donde sea posible.

- Introducción de semillas precoces, resistentes y de alto rendimiento vegetativo y económico.

- Diversificación e intensificación de la producción agrícola y animal en minifundios que no puedan consolidarse, con cómodo suministro de agua, para asegurarles un mayor ingreso.

- Fomento de un uso más económico de la tierra (especialmente de las vertientes) que proscriba el despilfarro de los recursos naturales y el desequilibrio en la subsistencia de los agricultores residentes, y de pastoreo, la irrigación, el drenaje y la forestación donde sea más conveniente.

- Regulación de mercados y el mercadeo, con información sobre precios para que las ganancias lleguen más al productor que a intermediarios, con facilidades de transporte para disminuir el localismo, con depósitos particulares o colectivos y con requisitos definidos para calidades y empaques.

- Facilitación del crédito para el pequeño agricultor, quitándole el aspecto fríamente bancario.

- Apertura de nuevas regiones y canalización de corrientes migratorias colonizadoras.

- Refuerzo de las veredas y municipios dándoles más autonomía y recursos fiscales para gobernarse a sí mismos y resolver sus propios problemas, especialmente el educativo y vocacional, el de la justicia y seguridad rural y el de los servicios públicos. Los impuestos sobre la tierra podrían dedicarse a estas actividades.

Tradiciones de lucha, sujetos revolucionarios heterogéneos, elementos comunes de resistencia a nivel regional y continental, lógicas de organización y represión, son elementos que debemos reposicionar a la hora de pensar las formas organizativas de los desterrados de nuestra tierra, si nuestra intención es cambiar los paradigmas de coacción estructural sobre las subjetividades y el territorio en el cual caminan y se transforman los cuerpos. Más aún teniendo en cuenta la coyuntura política. No es un momento en el que podamos avalar la deshumanización o la distorsión de los procesos y sujetos con epítetos como primitivo, bandido –equiparado a insurgente-, pre moderno, o atrasado.

La autoridad del Estado colombiano que históricamente ha primado por los intereses imperialistas y colonialistas de Estados Unidos y de otras naciones centrales, lejos de ser neutral con respecto a esta relación de subordinación del campesinado y los indígenas, fue uno de sus elementos constitutivos, ya que bajo los gobiernos de las élites liberal y conservadora, el Estado apoyó directamente la reproducción del sistema de tenencia de la tierra dentro de los parámetros del modelo primario-exportador. El movimiento insurgente no puede entenderse sino como respuesta a esto.

Conclusión:

De nada sirve pensar las tácticas de incorporación a la vida civil de las FARC-EP, si antes no cuestionamos los relatos otológicos que ensombrecen las causas de los conflictos territoriales, tanto a escala local, como regional y continental. Esta invisibilización le ha permitido a los Estados componer un mosaico de alteridades potencialmente peligrosas: el bandidaje es igual a terrorismo, y el terrorismo puede llevar la cara de un campesino que reclama el buen vivir, de un estudiante que se manifiesta contra la privatización de la Universidad Pública, o de una lesbiana que quiere acceder al derecho de adopción.

Invisibilización de condiciones históricas de opresión, eliminar sujetos dentro del canon de lo narrable o acallable, o poner en una línea de tiempo lo pretérito y lo “normal”, puede servir para justificar ciertas intenciones represivas que le son útiles al Terrorismo de Estado. Un ejemplo de ello es el uso público de categorías como “salvaje” “subversivo” o “terrorista”, uso que ha configurado un escenario de constante represión a las otredades.

Desarmar este ideario de poder que guarda sus raíces en el imaginario occidental iluminista (eurocéntrico, evolucionista, patriarcal y racista), puede ofrecer alguna alternativa para un hermanamiento necesario, tanto en la sociedad colombiana como en otros países con tradiciones de luchas armadas. De ahí que las alternativas de recomposición del tejido social pasen por examinar tradiciones de luchas agrarias como las colonizaciones campesinas de los 60's; las luchas por la reforma agraria; las tradiciones insurgentes de cuño indígena; las grandes luchas por una redistribución equitativa de la renta nacional en favor de los expropiados (la mayoría de ellos campesinos e indígenas) por los aparatos de los estados nacionales a favor de los intereses imperiales y/o neo-coloniales, por el paramilitarismo, y por los Tratados de Libre Comercio.

Esto implica reescribir una historia con nuestros sujetos revolucionarios sin caer en la satanización de los mismos. Considerar las efemérides de nuestra historia contemporánea, y así, dotar con otros sentidos nuestro pasado. Para ello es imprescindible un compromiso con la crítica histórica, pero también la búsqueda de una pedagogía decolonial que no se desentienda de los efectos de la colonialidad del poder en un presente que reclama nuevas alternativas y propuestas políticas de cara al siglo XXI.

La agenda agraria, como se ve en la formulación de los siete puntos de la mesa de diálogos entre el gobierno y las Farc-Ep, aún en su lectura histórica, no tiene nada que ver con los referentes pre-políticos abordados por Hobsbawm en *Rebeldes Primitivos*. Sin lugar a dudas debemos pensar en el contexto desde el cual nos enuncian los pensadores europeos, pero también en la validez actual de sus presupuestos y en el quehacer de nuestros pueblos. En este sentido acordamos con Rita Segato sobre “la necesidad de percibir una continuidad histórica entre la conquista, el ordenamiento

colonial del mundo y la formación poscolonial republicana que se extiende hasta hoy”²⁴. En este margen de continuidades, la precarización del universo social de los campesinos e indígenas, sigue generando agendas de demandas y acciones políticas concretas contra el avance del capitalismo transnacional y las represiones locales, ante lo cual la pedagogía de la historia puede y debe tomar posición. Un compromiso social en la constitución de una memoria colectiva solidaria, empática y humanizante, parte también por la reescritura de nuestros pasados-otros; que no son más que nuestros pasados regionales y continentales en un transcurrir multiforme, racializado, étnico y generizado. Apelamos acá a un cambio epistémico en varias dimensiones, que puede abarcar tanto las pedagogías por la paz y la justicia social, como la crítica a los diseños curriculares de nuestra formación como historiadores.

No hay pedagogía de la paz sin pedagogía decolonial

BIBLIOGRAFÍA

- Amir, Samín. *Eurocentrismo. Crítica a una ideología*. Editorial Siglo XXI. Madrid, 1989
- Bidaseca, Karina (coord.) *Genealogías de la colonialidad en América Latina, África y Oriente*. 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : IDAES, 2016. Libro digital, PDF - (Programa Sur-Sur)
- Césarire, Aimé. *Discurso sobre el colonialismo*. Editorial Akal. Barcelona, 2007
- Dussel, Enrique. *Filosofía de la liberación*. Nueva América Editor. Bogotá, 1996
- Quijano, Aníbal 2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander, Edgardo (Comp.) *La colonialidad del poder. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires 2000.
- Guha, Ranahit. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Ed. Crítica. Barcelona 1996
- Quijano, Aníbal. *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. Editorial CLACSO. Buenos Aires, 2014.
- Mignolo, W. (2007). América: la expansión cristiana y la creación moderna/colonial del racismo. En *LA IDEA DE AMERICA LATINA. La herida colonial y la opción decolonial* (27-74). Barcelona: Gedisa

²⁴ Op. Cit. Pg. 216

-Mignolo, W. (2016). *Jornadas Cartografías del Poder y Geopolítica del Conocimiento*, Instituto Geográfico Nacional, la Dirección de Institutos Universitarios de las FFAA. Buenos Aires.

-Mignolo, W., Lugones, M., Tlostanova M., Jimenez-Lucena (2014). *Género y Descolonialidad*. Duke University. Ediciones del siglo.

-Mignolo, Walter. *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa Editorial

-Segato R. (2016) *La norma y el sexo. Frente estatal, patriarcado, desposesión, colonialidad*, en *Genealogías críticas de la colonialidad en América Latina, África y Oriente*, coordinación general de Karina Andrea Bidaseca. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Ciudad Autónoma de Buenos Aires

-Segato R (2003), *Las estructuras elementales de la violencia: contrato y status en la etiología de la violencia*, Brasilia.

-Segato, R. (2016) *La pedagogía de la crueldad. Entrevista. Lobo suelto*. En <http://anarquiacoronada.blogspot.com.ar/2016/09/entrevista-rita-segato-la-construccion.html>

-Paredes, J. (2008) *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. En <http://mujeresdelmundobabel.org/files/2013/11/Julieta-Paredes-Hilando-Fino-desde-el-Fem-Comunitario.pdf>

-Hobsbawm, Eric. *Rebeldes Primitivos*. Editorial Crítica. Barcelona, 2014

- Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Ed. Crítica. Barcelona, 1998

- Hobsbawm, Eric. *Historia del Siglo XX*. Editorial Crítica, 2006

-Borda, Fals. *Una sociología sentipensante para América Latina*. Siglo del Hombre Editores. Bogotá, 2009

-Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires, 2004

-Jaramillo, Carlos Eduardo. *Los guerrilleros del novecientos*. Editorial CÉRC. Bogotá, 1991

-Molano Bravo, Alfredo. *Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-1955)*. Serie en El Espectador. Bogotá, 2016

-Molano Bravo, Alfredo. *50 años de conflicto armado*. El Espectador. Serie 2014-2016